

RIQUEZA SIN TRABAJO

Terminamos el año 1973 con un aumento inesperado de miles de millones de bolívares en los ingresos del año que comienza. El país está de plácemes ante semejante logro. ¡Son tantas las necesidades que hay que satisfacer! Y sin embargo esta riqueza prodigiosa puede convertirse en un mal. Seguramente ocurrirá así si no hay un viraje en los criterios de los responsables de su utilización. La razón de este peligro la apuntó ya Roscio: la verdadera riqueza no es el oro, sino el trabajo del hombre. El oro se vuelve peligroso cuando su presencia lleva a reducir el trabajo creador.

Para hacernos una idea de lo que significa este nuevo ingreso con relación al trabajo podemos comparar con lo que ocurre en la agricultura. El trabajo de 850.000 hombres durante todo el año en el campo a duras penas producen 5.000 millones de bolívares. Mientras tanto, la coyuntura internacional y un plumazo oportuno de nuestro gobierno (sin mediación de ningún otro trabajo) produce un ingreso adicional varias veces superior a todo el producto agrícola de un año. Ante este cuadro, no pocos sienten el desaliento por el trabajo arduo o la ilusión de la riqueza fácil. Ello puede fomentar la idea de que entre nosotros no vale la pena producir, que el esfuerzo no es rentable, que la riqueza necesaria ya existe y sólo hace falta colocarnos junto a ella para beneficiarnos. De esta manera los precios petroleros disparados forman equipo con los tradicionales enemigos del trabajo propio: la apelación a la suerte, al cinco y seis, a la lotería, al destino, a algún santo apadrinador o al Estado dadivoso.

Creemos que en la medida en que todo el país sea consciente de estos peligros, sus efectos podrán ser previstos y contrarrestados y los nuevos ingresos servirán para fortalecer al país.

No es un problema nuevo. Venezuela en 50 años ha pasado de un presupuesto de 100 millones a otro de 15.000 millones y pronto pasará de los 20.000 millones.

Toda esta riqueza no es primordialmente fruto de nuestro esfuerzo y de la iniciativa propias. La conjunción de la riqueza natural de nuestro subsuelo con el interés estratégico excepcional del petróleo para las economías más avanzadas del mun-

do, convirtió a Venezuela en el centro de la codicia mundial. Fue el interés de los países sajones, su capital, su tecnología y su administración lo que puso en marcha la explotación petrolera. Es verdad, ellos utilizaron desde el primer momento mano de obra venezolana no cualificada, pero no fue ésta y su plusvalía el objeto de su codicia, sino el combustible negro.

El nuevo giro de nuestros ingresos desalentó el trabajo agrícola tradicional. La población fue empujada hacia los centros donde se distribuía la cuota de participación nacional en esa fabulosa riqueza y sobre todo Caracas, sede del gran distribuidor: el Estado.

EL ESTADO DISTRIBUIDOR Y LA DISTORSION POLITICA

El fallecido planificador chileno Jorge Ahumada, primer director y fundador del CENDES, acostumbraba decir que en Venezuela no funciona bien el sistema de premios y castigos sociales. La sociedad que no premie bien, que no estimule la creación y el esfuerzo productor de bienes para toda la colectividad, está destinada al fracaso. Precisamente el capitalismo significó un avance frente a los sistemas anteriores con su intento de buscar un sistema social y no la limpieza de la sangre, el título nobiliario y el privilegio zángano. Desgraciadamente este saneamiento del sistema de premios y castigos se quedó corto y se contradujo a sí mismo al permitir que un puñado de hombres se apropiaran de las riquezas producidas por la mayoría trabajadora.

Pues bien, el modelo de formación de nuestra riqueza tiene su peculiaridad. No queda descrita con sólo decir que es un sistema capitalista. La acumulación inicial de capital, que permite el salto a la sociedad industrial, no fue aquí obra de riesgo y la iniciativa de comercio, ni de la empresa bancaria, ni de la plusvalía generada en ciertos renglones agrícolas como ocurrió en los primeros países capitalistas. A los venezolanos nos entró el dinero a través del pago del impuesto de las compañías petroleras. Sólo un número muy reducido de trabajadores del petróleo obtuvo sus ingresos como pago del trabajo. Este hecho hizo que el Estado fuera el encargado de distribuir la renta petrolera. Este Estado, gobernado como gigantesca hacienda personal

des y fidelidades.

Desde ese momento, la posibilidad de adquirir bienes y servicios empezó a llegar a los venezolanos a través del Estado. En las dictaduras con criterios estrechos y reducidos. En las democracias, con criterios más amplios dado el mayor número de votantes a quienes satisfacer. El ingreso no estaba en función del trabajo realizado, sino del grado de vinculación y cerca-

no; pero de algún modo ingreso. En cambio el Estado como eje central de distribución va a utilizar como criterio básico, no el trabajo de la gente, sino la adhesión política y personal.

Así el Estado, en lugar de estimular la producción nacional, fomentó la compra de todo tipo de objetos que producían y estaban deseosos de venderlos los países capitalistas de economía avanzada. El Estado fomentó antes la capacidad de consumir que la de producir. A la sombra de esta orientación se formó el capital de los comerciantes dedicados a importar toda clase de bienes de consumo.

La alta burocracia oficial, los comerciantes importadores, los especuladores de las tierras urbanas los contratistas de las grandes obras promovidas por el estado fueron las nuevas fortunas.

Más tarde en los años cincuenta y sobre todo en la década del sesenta será la política de sustitución de importaciones la que permita a los empresarios capitalistas extranjeros conquistar nuestros mercados de consumo, exportando sus empresas. Los capitalistas nativos sirven de intermediarios sin riesgos, con un mercado protegido y apoyados por créditos y exoneraciones por el monto de varias decenas de miles de millones de bolívares en diez años. Las actuales riquezas de nuestros capitalistas han sido fruto, más de la "viveza" y del "compadrazgo" con el Estado, que del ahorro, la iniciativa, el espíritu de empresa y de riesgo propios del capitalismo clásico analizado por Max Weber en "El Espíritu del Capitalismo."

A un nivel de ingresos más bajo aparece el enorme enjambre de funcionarios públicos a quienes el Estado distribuidor hace partícipe de sus dádivas. El proceso de reparto de cargos burocráticos en gran parte tiene un orden inverso: Primero se asigna un ingreso respondiendo a compromisos y a deudas de amistad. "A posteriori" se inventa un trabajo o un cargo para poder legitimar dicha asignación. Por eso no importa mucho la eficiencia en el ejercicio de muchas de las funciones.

Este Estado distribuidor sella toda la política hasta convertir a los partidos de gobierno en agencias de empleo y de distribución de bienes y servicios a cambio de votos. Lo cual lleva a fomentar la pedigrüería y la compra-venta de prebendas que corrompe la política y le quita su aspecto de participación con cierta consistencia doctrinal.

Con la riqueza petrolera el Estado subsidia. En contra de lo que a veces se dice, los ricos son los más subsidiados. Algo de

y humillantes llega a un cambio, en los subsidios a los pobres como forma de paliar las tensiones sociales y de crear mercado para la expansión de ciertos negocios de los ricos.

EL CAPITALISMO DE CONSUMO

El sector privilegiado mantiene altos ingresos y amplios márgenes de ganancia. Como consecuencia del éxodo masivo a las zonas urbanas se desarrolla toda una red de subdistribución de la riqueza. Junto al reducido y privilegiado grupo de trabajadores petroleros (unos 19.000 en el presente) y de las grandes empresas (según el Censo Industrial de 1966 hay sólo 120.000 ocupados de industrias de más de cincuenta trabajadores) que no pasa del 5 por ciento de la población ocupada y percibe ingresos comparativamente altos, aparece un sistema de subdistribución para asegurar la subsistencia de las mayorías de la población.

Los servicios y el comercio, con una variedad interminable de empleos y sub-ocupaciones, mantienen un gran número de trabajadores mal pagados. Aquí destaca sobre todo la explotación de la mujer. Los sectores más pobres se ven obligados a inventar ocupaciones más allá de los patrones tradicionales en los países capitalistas. Se multiplican las areperas, los limpiabotas, los cuidadores de carros, los buhoneros, las ficheras, los pulperos que tratan de beneficiarse de los ingresos adquiridos por los que participan en un primer circuito de distribución. (En numerosos barrios hay una bodega por cada diez familias, lo que da una idea del bajísimo ingreso de dichos comercios).

Impulsados por la dinámica consumista, al estilo de la Roma ociosa de los Césares, las clases ricas consumen servidumbre personal barata como símbolo de prestigio a bajo costo. Símbolo de riqueza es el consumo de cuatro y cinco personas de servicio (cocinera, niñera, jardinero, chofer, mujer de limpieza...) Esta posibilidad de consumo de servicio (negada hoy incluso en las sociedades capitalistas avanzadas) se amplía en



cierta medida hasta la clase media y permite la sobrevivencia de mujeres cargadas de hijos. De esta manera, un mínimo porcentaje del ingreso inicial de una familia acomodada se convierte en ingreso miserable, pero ingreso al fin, de varias familias pobres que no tienen acceso a la producción de bienes. Este proceso genera una forma de dependencia muy peculiar.

CONFIRMACION DEL MODELO

Este modelo socio-económico, iniciado con la aparición del petróleo, no ha sido corregido, sino acentuado en las diversas etapas de nuestra economía. La política de industrialización sustitutiva ha terminado en una frustración. Ahora se intenta entrar en la etapa de la exportación de productos industriales elaborados. Si esta nueva etapa no va completada con una política muy definida y firme de vinculación de la población al proceso productivo agrícola e industrial, con una industria que abarque todas las etapas de elaboración de las materias primas, va a ahondar los problemas del modelo existente. En efecto, si sólo se implementa una política de exportación a base de uso intensivo de capital, tecnología muy sofisticada y escasa mano de obra altamente cualificada, se reforzará el modelo petrolero: tecnología extranjera, personal técnico extranjero y mercado extranjero. ¿Dónde queda el venezolano? Se supone que las divisas producidas para el país permitirían comprar toda clase de bienes y ampliar el subsidio a todas las capas de la población.

Si Venezuela no da un viraje cualitativo en su economía y por el contrario se deja llevar por la inercia petrolera, terminará integrada en sus riquezas a la economía de los países capitalistas dominantes, sobre todo E.E.U.U., dependiente en sus ansias de consumo incrementadas o encauzadas artificialmente por la propaganda y con una mayoría de población marginal rota por dentro entre los deseos de consumo y la incapacidad de conseguir empleo razonable. La explosión social de esta mayoría será contenida a base de subsidios estatales a su consumo de servicios e incluso de bienes, siempre a nivel próximo al de subsistencia. Esto mientras dure el petróleo. Después nos encontraremos sin riquezas y sin hombres. Entre nosotros opera un modelo socio-económico que justamente fue la ruina del grandioso imperio español henchido por el oro americano. Como reconoció acertadamente, hace más de dos siglos Don José Campillo y Cosío, ministro del Rey Felipe V de España "tras la conquista entró la codicia de las minas, las que por una temporada dieron grandes utilidades a España, mientras eran suyos los géneros que rescataban el oro y la plata, pero en lo sucesivo, cuando debiéramos haber proporcionado nuestra conducta a las circunstancias y aplicarnos al cultivo y ocupaciones que emplean últimamente a los hombres, hemos continuado sacando infinito tesoro que pasó y enriqueció a otras naciones; y el verdadero tesoro del Estado que son los hombres, con esta cruel tarea se nos ha ido extinguiendo". (Citado por Alfonso Espinosa en el prólogo a "La Compañía Guipuzcoana de Caracas", Banco Central de Venezuela, pág. XLI).



"...política de apoyo y estímulo al trabajo creador..."

PROBLEMA CULTURAL

Este modelo, además de sus injusticias y desigualdades, lleva a despreciar el esfuerzo propio indispensable para lograr nuestra futura independencia. Unos lo desprecian porque consiguen los bienes sin que tenga que mediar el esfuerzo propio y la creatividad. Otros porque, marginados, carecen de oportunidad y su poca remuneración comparativa los lleva a buscar caminos más cortos para llegar al disfrute del consumo deseado.

A la tradicional repugnancia a los trabajos "bajos y serviles" heredada del pretencioso hidalgo español y marcada en la piel por el sol tropical, se ha añadido la riqueza fácil y alegremente distribuida y gastada.

El hecho de que Venezuela con este modelo viva simultáneamente dos revoluciones, con sus consecuencias sociales y culturales superpuestas, agrava el problema. En efecto, la revolución industrial de la máquina y la revolución post-industrial de la automatización y de la sociedad de consumo masivo se viven entre nosotros entremezcladas.

El capital privado internacional — y el nacional en proceso de internacionalización — apoderados de los medios de comunicación de masas inculcan a todos los niveles de la población, el consumo masivo, el consumo "revolucionario", "liberador", "revelador", "personalizante" del alcohol o de los desodorantes.

El país entero va entrando en la cultura consumista. Por ello mismo la presión de los sectores populares aumenta. El éxodo rural llegará hasta el final no por cese, sino por agotamiento de las reservas campesinas. A una primera generación de emigrantes campesinos que apretujados en las laderas de los cerros caraqueños miraban escandalizados el brillo esperanzante de la ciudad, seguirá una juventud frustrada, sin horizontes de trabajo, ni tarea constructiva capaz de sustentar valores humanos.

La corrupción moral en el manejo del dinero y de la cosa pública es consecuencia directa del modelo que venimos analizando.

Una política de austeridad, de reducción de la explotación petrolera, de apoyo y estímulo al trabajo creador es lo único, a nuestro modo de ver, que puede conducirnos a una mayor independencia y sentido humano. Lo que el nuevo gobierno inicié en 1974 puede ser la pauta definitiva del próximo decenio.